

A. S. TAMAKI

EL LIBRO DE LAS HOJAS CAÍDAS

HONOR. SACRIFICIO. VENGANZA.

Traducción de Cristina Macía

RUNAS

Título original: *The Book of Fallen Leaven*

Publicado por primera vez por Orbit en Reino Unido en 2026.

Revisión de pruebas a cargo de Antonio Torrubia.

Primera edición: abril de 2026

Copyright © A. S. Tamaki, 2026

© de la traducción: Cristina Macía, 2026

© del mapa: Tim Paul

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 979-13-7009-240-5

Depósito Legal: M-156-2026

Printed in Spain

Para los profesores.





Mapa creado por Tim Paul

PERSONAJES

GENSEI Y SUS ALIADOS:

KATSUSADA ASA'IN, cabeza del clan
Gensei, padre de Kai y Sen
(fallecido)

SUMIKO, su esposa, madre de Kai
y Sen (fallecida)

Sus hijos,

KAIHIME GEKKO'IN, hija y heredera
de Katsusada

SEN HOSHIAKARI, hijo de
Katsusada, en el exilio

YORA SHIJIN, hermano de
Katsusada, capitán de la guardia
imperial, llamado el Poeta

AYAME HAYO, esposa de Yora,
hermana de Zusho Masashige

Sus hijas,

TSUNA

MYORIN

KAJI GETOH, vasallo de Yora
RUI MISOSAZAI, una plebeya
JOBO DAITEN, el monje cuervo

DE ZUSHO:

ZUSHO MASASHIGE, señor de
Satskui, padre tutelar de Kai,
hermano de Hayo

LA ESTIRPE KITANOHARA:

Kitanohara no **IYO OGAMI'IN**,
señora de Aizumi, madre tutelar
de Sen

EL BETTO, un caballero

YOZORA HOGEN, tutor de Sen

Los hijos de Iyo,
HAKARU
NIHIRA

IDACHI HONNEN, un joven guardia

HORI YATARO, guerrero de Kitano,
más tarde vasallo de Sen

Segundo esposo de Iyo, **TAGA**
AZAMARO, señor de Kurogane

ISE TADANOBU, guerrero de
Kitano, más tarde vasallo de Sen

LA ESTIRPE GISAN:

TOKUON SEI'I, señor de las
montañas de Gisan

KANESUKE DAIJIN, hermano de
leche de Tokuon, hermano
de Ohori

Su consorte, **OHORI TSURUHIME**,
llamada la Princesa Grulla

HASSHO TAYU, médium y vidente

Su hijo,
TAKAYOSHI

MASAKARI SAITO, guardia personal
de Ohori, más tarde guardia
personal de Sen

LA ESTIRPE MUZO:

KIIE TAISHA, antiguo intendente
de Muzo, primo de Katsusada y
Yora Shijin

ALDEANOS DE KITANO:

KOROKU, encargado de los
establos no'in

GORO, anciano de la aldea

Su esposa, **OTSU**, una tintorera

CHIE, anciana de la aldea

KEISHI Y SUS ALIADOS:

SEIKIYO JOKAI , señor de Iawa, gran canciller del estado	NARIKO , llamada la Dama Azul, esposa de Shigeo, sobrina de Ichiei Hoin.
Su esposa, YOSHIKO , llamada la Señora de la Casa de las Olas	SUKEHIRA , hijo de Shigeo
Sus hijos, SHIGEMUNE , llamado Joren SHIGEO , SHOSEI , SEICHI	YAEKO EIGA , una guardia Keishi
Su hija, HAGANE , llamada la Princesa de Acero, esposa de Ashihara, madre de Seitoku	AKIYO MUSHA'IN , general Keishi, del clan Hara
TANEKO , doncella y compañera de cama de Hagane	KAGA MAKOTO , lugarteniente de Akiyo
	AJARI RYAKU'IN , monje de la montaña
	ATSU , joven dama noble

FACCIÓN DE VALLE DE LOS CIERVOS:

MORO , un monje, consejero de Goshira	CHIYOME , consorte del príncipe Nioh, del clan Hara
ICHIEI HOIN , noble de la corte, del clan Hara	SHUN'EN , un monje, del clan Hara
	TANO KITSUE , un guardia

LOS EMPERADORES TEN'IN:

GOSHIRA , 77º emperador del reino, ya retirado, llamado el chiten	trono, que recibirá el nombre de emperador SEITOKU
ASHIHARA , el emperador actual, hijo de Goshira	NIOH , llamado el príncipe especular, hijo de Goshira, hermanastro de Ashihara.
El hijo de Ashihara, NORIYASU , príncipe coronado y heredero del	El hijo de Nioh, NOYORI

En el sonido de la campana del monasterio de Gion resuena la caducidad de todas las cosas. El color pálido de las flores de shara nos recuerda la ley terrenal de que toda gloria encuentra su fin. Como el sueño de una noche de primavera, así de fugaz es el poder del orgulloso. Como el polvo que dispersa el viento, así los fuertes desaparecen de la faz de la tierra.

*Heike Monogatari*¹

¹ Fragmento de la traducción de Rumi Tani Moratalla y Carlos Rubio López de la Llave para la edición publicada por Satori (ISBN: 978-84-17419-28-8).

PRIMERA PARTE

**EL MENSAJERO
DE LOS DIOSSES**

CAPÍTULO UNO



DEMONIOS

AÑO GYŌKUJI I

Era del 78.º emperador, Suji Ten'in

10.º día del mes primero

Invierno

El hombre tardó demasiado en morir.

Se debatió y gritó y se estremeció entre los brazos de la chica, y al final suplicó misericordia, aferrado a ella, con la voz húmeda y temblorosa, ahogada, llena de miedo. Pero él era un simple sacerdote. Ella era menuda, apenas una niña, y el hombre estaba débil, y el cuchillo no pesaba demasiado.

Una vez hecho, la cría se acuclilló junto a él con su sangre caliente entre los dedos, y aguardó a que lo abandonara lo que quedaba de su espíritu. El rojo se derramó en una mancha ocre sobre la tierra. Le sujetó la mano.

—No tengas miedo —le dijo—. Todo acabará pronto. No pasa nada.

Y, cuando terminó, dejó caer el cadáver.

Cuando acabó, alzó la vista y pareció recordar poco a poco dónde se encontraba. Escudriñó la oscuridad de la noche, la valla podrida, el camino tortuoso de adoquines y hierbajos. Vio unos pedaos al pie de una choza decrepita, tenebrosa, tan desvencijada que un fantasma la podría derribar. Allí, la mujer a la que llamaba hermana aguardaba como una estatua con ropa blanca de luto y la vista alzada hacia el cielo oscuro, encapotado. A sus pies, en pedazos rotos, yacían dos monjes muertos.

—Hermana. —La niña se dirigió hacia ella titubeante y le dio unos golpecitos en el brazo con el dedo—. Mira, hermana. —Señaló hacia arriba—. Los dioses están caminando, ¿ves?

—Sí —dijo la mujer. El rostro le brillaba blanco como el alabastro, pulido como la piedra—. Sí.

La lluvia ya había escampado mucho antes de que las dos figuras entraran en el patio y dejaran atrás el aire húmedo, denso. Pero, cuando la mujer de ojos oscuros con la larga capa blanca de luto cruzó la puerta de la valla, la noche se volvió más fría y hasta los grillos pararon de cantar. La brisa cesó y las nubes bajas dieron al aire una densidad pegajosa, una humedad espesa que hacía que costara moverse. Fue como si la oscuridad adquiriera peso. No había estrellas.

Las tormentas habían llegado raudas, poderosas, para inundar los patios del santuario en ruinas y el templo que se alzaba más allá, pero, de pronto, todo se había paralizado. Las dos figuras atravesaron la puerta, y sus sandalias se resbalaban con el lodo y entre los peldaños encharcados. Ante ellas se alzaba el pequeño templo, poco más que una choza, con una delgada columna de humo, que surgía de una abertura en el techo, mientras el chisporroteo del fuego se oía apenas en el interior.

—Aquí nos detenemos —dijo la mujer.

Si no hubiese sido por las arrugas y las sombras bajo los ojos, casi habría parecido joven, pero había sombras y había arrugas. Le surcaba la amable cara una docena de marcas escritas, como si la hubieran salpicado con tinta. Las palabras estaban trazadas en la piel con líneas tan finas que casi no se veían. Cuando salió a la luz, la escritura desapareció y la piel quedó inmaculada. Bajó la vista y las sombras le envolvieron el rostro de nuevo, y las letras reaparecieron, tenues, apenas visibles en la oscuridad. Cogió la mano de la niña.

La cría no vio las marcas. O, si las vio, no les dio importancia.

—Tenemos que apresurarnos —dijo la mujer, y la llevó hacia la barraca del final del patio—. Antes de que vuelva la lluvia.

La voz era un susurro, débil y sibilante como el murmullo del agua en las orillas del río Onji en primavera. Sus ojos, similares a piedras pulidas, brillaban a la luz tamizada por las nubes. Era alta, mucho más que la niña, de movimientos delicados pero lentos y cautelosos como los de un tigre al acecho. La mirada firme, el semblante tranquilo antinatural, hacían que pareciera desconectada del mundo.

Para cuando llegaron al pequeño templo, el rostro volvía a estar limpio y pesaroso. Las palabras se habían desvanecido como hechizos.

Mientras se acercaban, la niña se tensó al oír los sonidos del fuego en el interior.

—Ahí dentro hay alguien.

—Sí, niña —dijo la mujer—. Vamos. Él nos está esperando, aunque puede que no lo sepa.

La choza, apenas un sencillo espacio abierto, tenía un altar sobre madera desportillada, un lugar para el té, una chimenea, un fuego moribundo. Nada más. Apenas había calidez alguna. Junto a la pared se encontraba un monje joven sentado, meditando. En su tercera década en este mundo, se mecía al tiempo que pasaba con las estrechas manos la sarta de cuentas, clic, clic, clic.

—Namu Ohirume Kotaijin —entonó.

Sopló una brisa y las llamas se agitaron, y, en el espacio que mediaba entre una respiración y la siguiente, apareció la mujer. Fue como si siempre hubiera estado allí, flotando junto a él en la oscuridad. Por fin, se sentó. La plegaria continuó en silencio. El incienso siguió ardiendo. Ella no dijo nada, pero, al final, el religioso alzó la vista. Tenía el rostro muy joven, no más de veintidós, veintitrés años.

—Bienvenida, hermana —dijo el monje. El fuego le proyectaba sombras trémulas sobre los rasgos, bien negras como semillas de nenúfar, bien cálidas y anaranjadas—. La tormenta aún no ha cesado. Temo que vuelva pronto, y debes de estar fatigada.

—Gracias, joven hermano.

El hombre probó a sonreír.

—Estás sorprendida. ¿Tan poco tiempo llevo en esta tierra y ya me aparto de ella?

—Hoy en día se manda a muchos niños a los templos —dijo la mujer al tiempo que se situaba junto a él—. Bien lo sé. Pero no eres uno de ellos. Tu ropa es nueva.

—Muy observadora. —La miró—. ¿Vienes del oeste? Has debido de cruzarte con mis compañeros en el camino. Se han marchado hace menos de una hora.

—Los hemos visto —dijo ella—. Nos han ofrecido sus plegarias, nos han encaminado hacia aquí para rezar ante Ohirume y nos hemos despedido de ellos.

—¿Para eso has venido? —preguntó—. ¿Para rezar? Puedes acompañarme. Soy joven, pero te ayudaré en lo que pueda. ¿Qué te preocupa?

—En noches como esta, todo —respondió la mujer—. Dime, monje, ¿crees en los dioses malditos?

—Ahora hay muchos espíritus hambrientos —respondió tras una pausa para meditar—, que buscan algo que aplaque su ira. Vengativos, amargados. Corrompidos...

La mujer inclinó la cabeza.

—Cuando era joven, una vez me enviaron a las islas del norte, a un templo de la orden de la ley sagrada. No era más que una niña, estaba sola. Me dijeron que buscara la iluminación. Me dijeron que estaba sufriendo.

El joven abrió las manos.

—Todos sufrimos, y todos llevamos dentro los elementos de la iluminación. Con el tiempo, podemos cambiar.

—Cambiar —murmuró la mujer—. Interesante palabra. Si no te importa que te lo pregunte, ¿dónde te encontrabas durante las recientes guerras?

Se quedó inmóvil.

—Estuve en la ciudad imperial.

—Entonces debiste verlo. Yo misma vi muchas cosas. Por un tiempo, también pensé que la Era de las Plagas había caído sobre

nosotros. Desesperé. Enfermé. Entonces, un día, los vientos cambiaron. Las mareas se calmaron. Y, cuando desperté, pude oírlo.

—¿Qué oíste?

—El otro lugar. —Se acercó más y recitó un verso antiguo—. «Las olas que lamen las orillas de Awa permanecen inmutables, mientras que tú eres muy diferente de mis recuerdos». —Le dedicó una sonrisa casi imperceptible—. Pero así es la vida.

—¿Te conozco? —preguntó el joven monje.

—No —respondió ella—. Pero yo a ti sí. He estado contigo cada día de tu vida.

La miró; luego, apartó la vista.

—Estoy atribulada —siguió ella—. Tanta muerte, tanta devastación en este mundo... Guerra, rebelión, descontento. Los clanes y las familias nobles. Tengo miedo de que los dioses nos castiguen. Tengo miedo de estar... maldita.

—Los dioses son bondadosos. Se compadecerán.

—No —dijo ella—. Son los dioses los que me han maldecido. —Los símbolos mágicos volvieron a aparecerle en el rostro a la luz de la chimenea—. Verás..., soy su mensajera.

El joven parpadeó.

—¿Quién eres?

—Un fantasma. Como tú. Permanezco y, a la vez, cambio. Llego a este mundo por la voluntad de los dioses. Soy su sierva, soy su voz. Vengo en busca de pecadores. Hay tantos en este camino que lleva al infierno, tantos que vagan por los yermos del mundo... Y así mismo he de vagar yo hasta que cumpla mi misión y lleve sus almas ante la justicia. Entonces terminará mi maldición y seré uno de ellos.

—¿Uno de ellos?

—De los dioses. —Se inclinó hacia delante para que la luz tenue de las llamas se le derramara sobre los ojos—. Hay un motivo para que me trajeran de vuelta. Y ahora sé cuál es.

El monje trató de moverse, pero se encontró presionado contra la pared de su espalda. El fuego ardía en la chimenea. La extraña escritura reaparecía, oscura, con las oscilaciones de la luz.

—Solo soy un espejo —dijo—. Una sierva que camina por la tierra para corregir un error espantoso. Los dioses me lo piden, me lo están pidiendo: «Aséstalo», me dicen. «Asesta nuestro castigo divino por los pecados de los tres».

Ante aquellas palabras, al monje se le cortó la respiración.

—Márchate.

—No puedo, joven príncipe. Antes he de hacer mi trabajo.

—No soy ningún príncipe.

—Sí lo eres —replicó ella—. Lo eres.

—He renunciado a todo eso. —Estaba temblando—. Soy un monje de la ley sagrada. Me llamo Joren...

—Eres descendiente del linaje Keishi. —Cada vez que trataba de moverse, ella le cortaba el paso—. Tienes las manos manchadas de sangre, igual que tu padre. Bien lo sabes, Shigemune. En tu corazón, lo sabes.

—Ya no soy ese hombre. Dejé todo eso atrás...

—No puedes dejarlo atrás. Los dioses te están mirando.

—¿Por qué estás aquí?

—Por ti, mi príncipe. «Tres caerán». Ya conoces esas palabras.

—Vete de aquí.

—Tres caerán —repitió—. Gensei. Keishi. Ten'in. Tres grandes familias a las que estoy atada. Tengo que llevarme a sus hijos, ¿lo entiendes? Un hijo a cambio de un hijo.

El monje abrió mucho los ojos.

—Eres una demonia.

—Ahora hay muchos demonios en el mundo —respondió ella—, y todos han sufrido. Háblame de la familia Gensei.

Trató de levantarse. Ella lo detuvo con una mirada y puso la mano sobre la mesa de madera. Le brillaban los ojos; reflejaban la luz como perlas rotas.

—Les... les dije que no lo hicieran —susurró el monje como hechizado—. Sabía que eso solo traería muerte...

—Y participaste.

—No me engaño: sé de qué he formado parte. Pero ahora dedico mi vida a algo mejor...

—¿Mejor? —La mujer hizo un ademán que abarcaba la pequeña habitación del santuario, la choza destartada—. Sí. Tal vez esto sea mejor.

—Los dioses me perdonarán —tartamudeó—. Soy su siervo...

—Igual que yo.

El hombre palideció y no dijo nada. Fuera, el viento aullaba.

—No tengo gran cosa —dijo al final—. Pero, si quieres, puedo ofrecerte comida. Luego te pediré que te vayas.

Ella sonrió de nuevo como si le hiciera gracia, pero tenía los ojos muertos.

—La lucha terminará pronto. Tu padre está dando caza a los traidores mientras tú estás aquí, en medio de la lluvia. Pronto quedará rota la estirpe Gensei. A Katsusada, su cabeza de familia, no se le perdonará jamás que insultara a tu padre. Lo encontrarán. Lo matarán.

—¿Qué haces aquí?

El joven estaba temblando, incapaz de moverse. La mujer sacó la espada corta que llevaba colgada del cinto. La funda brilló negra como la tinta, lacada, reflejando el fuego. La puso sobre la madera carcomida.

—Cuando Katsusada se rebeló contra el emperador Ten'in, dejó dos herederos —dijo—. Tu padre los ha perdonado.

—Solo dejó una heredera. Kai Gekko'in es una niña; no ha tenido nada que ver con todo esto. Será la pupila de mi padre y crecerá bajo su control.

—Mentir no te servirá de nada.

El monje se sobresaltó.

—¿Qué?

—Hay otro heredero. Un varón, Sen. Y tú sabes dónde está.

—No...

—Sabes dónde lo han escondido. Los ayudaste.

—¿Por qué iba a hacer una cosa así?

—Porque no te gusta lo que está haciendo tu padre, lord Keishi. Crees que ha ido demasiado lejos en su ambición. Crees que ha perdido el control en sus tratos con los dioses. Así que lo traicionas.

Crees que hay que hacer algo. Dime, ¿dónde está Sen, de la familia Gensei?

—No puedo...

—Es necesario.

Se estremeció bajo la mirada implacable de los ojos brillantes de la mujer. La escritura en la piel empezó a cambiar, a centellear.

—Habla —le ordenó.

Las palabras se le atragantaron.

—Solo oí rumores. Pero... no es más que un bebé. No volverá...

—Dime dónde, príncipe.

—Está protegido. Tu magia no puede hacerle daño.

—¿Dónde?

Le temblaron las manos al agarrar la sarta de cuentas. Tenía la respiración entrecortada y, cuando habló, fue como si lo hiciera contra su voluntad.

—Oriente.

La mujer hizo un movimiento de corte, como una hoja que le cruzara el corazón. Él se estremeció, muy pálido.

—Coge la espada —susurró—. Cógela.

Obedeció.

De pronto, consiguió sacarse de dentro un odio incontenible y lanzó un tajo contra ella, pero el miedo lo hizo torpe y solo consiguió herirle la barbilla con la punta del arma.

En el momento en que la tocó, se echó hacia atrás y se llevó la mano a la mandíbula con un siseo de dolor. La espada cayó al suelo tintineando. Se miró los dedos y los tenía cubiertos de sangre: en el momento en que había asestado el golpe, la herida se le abrió en la barbilla como si un cuchillo invisible le hubiera cortado la piel justo en el lugar donde él había atacado.

En cambio, la mujer estaba ilesa. Las marcas de hechizos que le surcaban los rasgos cambiaron para convertirse en otras palabras antes de desaparecer.

El monje se tocó la cara con los dedos llenos de sangre.

—¿Qué eres? —preguntó.

—No lo sé —respondió ella—. ¿Qué ves cuando me miras?

—Veo un monstruo...

—¿Un monstruo? —repitió—. Puede. Sí. Puede.

—Los dioses acabarán contigo. —Se estremeció—. Y morirás. Tu cadáver arderá.

—¿Arderá? —repitió de nuevo—. No. Lo dudo. Pero lo cierto es que solo el tiempo lo dirá. No sé qué pasará con este cuerpo. Tal vez lo consuman las llamas, como dices. Puede. Sea como sea, ¿qué importa? Algún día moriré, como muere todo. Y ese día volveré y buscaré otro. Así son las cosas. Ahora, coge la espada.

—No voy a...

—Debes cogerla.

Bajo el poder de las palabras de la mujer, el monje volvió a coger el arma. La mano se le movió como por voluntad propia. Ahogó un grito cuando el brazo siguió sus órdenes, tembloroso y convulso, por mucho que él tratara de impedirlo. Pero no pudo.

—Hazlo —susurró ella.

Se clavó la espada en el abdomen, se rajó el vientre y subió la hoja hacia el corazón.

—Esto es lo que deseas —siguió—. Acéptalo. Es lo que deseas. Así pones fin a tu vergüenza.

El joven dejó escapar un sonido grave, estrangulado, mientras se ahogaba en su propia sangre.

—Más arriba —ordenó ella.

El siseo de su voz quedó suspendido en el aire. Él trató de negarse, de decir «no» otra vez, pero sus brazos obedecieron, alzaron la espada; se oyó un ruido gorgoteante cuando se rajó la caja torácica, la grasa, los tejidos, los órganos. El cuerpo se le estremeció. Las manos subieron más y más, forzadas por el hechizo. La sangre le burbujeó entre los labios. Siguió ascendiendo hasta que, con un último estremecimiento, la espada y la mano llegaron al corazón, y se detuvo. Las vísceras se derramaron por el suelo ante él.

—Gracias, príncipe —dijo—. Como ves, soy un espejo. Querías morir; te consumía la culpa en lo más hondo..., así que has muerto. Esa es la voluntad de los dioses.

Se limpió las manos en la túnica blanca. El joven cayó de bruces. Los intestinos, o lo que quedaba de ellos, se le desparramaron entre las piernas. El torso, casi partido en dos, se le abrió cuando cayó al suelo. La espada siguió donde estaba, donde ella lo había obligado a clavársela, en la flor sangrienta de huesos, órganos y corazón.

Se irguió sin el menor ruido y se apartó del cuerpo doblado sobre la madera de roble. El suelo y las esteras de juncos eran en ese momento un mosaico rojo, blanco, pardo. Recuperó la espada y la limpió con un trapo para volver a enfundarla.

—Todavía no —susurró—. No, todavía no —repitió en medio del silencio.

Las brasas y cenizas encendidas de la chimenea se habían derramado por el suelo de madera, pero no les prestó atención. Se dirigió hacia las finas puertas deslizantes y, cuando salió al exterior, se encontró a la cría, que la esperaba en los peldaños.

—Vamos, niña —dijo—. Es hora de marcharse.

Se alejaron dejando atrás cuatro cadáveres y una choza en llamas que nadie iba a recordar. El fuego empezó a subir, cada vez más violento, mientras la pequeña la seguía hacia la oscuridad.

—Mira, hermana —dijo la cría señalando la sombra de las montañas. Una forma inmensa se veía allí, muy por encima de ellas, con movimientos ponderosos. Un gigante—. Dioses.

—Sí —asintió—. Los peregrinos.

Sobre ella, las grandes sombras se agitaron contra el cielo, elementales con forma humana pero esquelética, hechas de una oscuridad más densa que el humo y tan lejana como la luna. Eran enormes, persistentes, tan grandes que parecían abrir bocados en la ladera de la montaña con un solo movimiento de hueso y penumbra. La mujer vestida de blanco se ciñó la capa negra y cogió a la niña de la mano, y los gigantes se esfumaron, se difuminaron con el horizonte, se fundieron en la noche.

—Ahora vienen cuando hay sangre —dijo ella—. Ojalá vuelvan pronto a su mundo y haya paz en el nuestro.

Cuando cruzaron la puerta de la valla y volvieron al camino, la pequeña tiró de la mano de la mujer.

—Hermana —dijo—, no recuerdo nada. De antes.

—Lo comprendo, niña. No pasa nada.

—¿Por qué?

—Te ha herido un mal muy grande, niña. Tu espíritu está sufriendo. ¿Tienes miedo?

Ella negó con la cabeza.

—Solo quiero recordar.

—Puede que todo llegue con el tiempo —dijo la mujer—. Hasta entonces, debemos seguir nuestro rumbo. Pero recuerda, niña: todo esto es por ti. No lo olvides nunca. Todo lo que suceda ahora será por ti. Vamos.

El templo ardió tras ellas, despacio al principio, pero luego con llamaradas que consumieron el muro y no dieron señales de mitigarse. Los adoquines brillaban como espejos diminutos bajo la lluvia.

Habló la pequeña:

—Hermana, me dijiste que me contarías por qué tiene que morir tanta gente.

—Y te lo contaré —respondió la mujer—. Pero es una historia que lleva su tiempo.

—Hermana —insistió la cría—. ¿Adónde vamos?

El templo ardió; las llamas ascendieron en la noche y, mientras se alejaban, el tejado empezó a derrumbarse. Un reguero de brasas con vida propia salió disparado hacia el cielo, y volvió a reinar la oscuridad. La mujer se detuvo un momento para mirar y luego caminó de nuevo con la niña.

—A poner fin a una guerra, cariño —dijo—. A poner fin a una guerra.

CAPÍTULO DOS



SEN

17 AÑOS MÁS TARDE

AÑO SHŌHO 3

Era del 80.º emperador, Ashihara Ten'in

5.º día del quinto mes

Verano

Sen Hoshiakari, hijo adoptivo de lady Iyo del Este, galopó hacia la diana de paja trenzada. En mitad del verano, el día era despejado, con el cielo luminoso pintado sobre el prado en pendiente, con etéreos plumeros de carrizo, que se mecían al viento. Las flechas con plumas de halcón hendían el aire. Clavó los ojos en el objetivo cada vez más cercano. A veinte cuerpos de caballo. A diez.

Soltó la cuerda del arco...

Y falló.

—¡Mierda!

La flecha surcó el aire, pasó de largo la diana y se clavó vibrando en la tierra, a doce pasos de distancia.

Hizo maniobrar sobre la hierba a su caballo, Kaminari, y se dispuso a recibir la reprimenda por el fallo. Sabía que tenía el brazo fuerte, que era alto y esbelto de hombros y cintura, pero el arco no se le daba bien. Hakaru, su hermano tutelar y pupilo como él, no le permitiría olvidarlo. Tenía los ojos oscuros y los rasgos afilados, con el pelo negro recogido detrás de las orejas. Ni Sen ni los otros pupilos vestían los colores vivos de la guardia real, sino que daban preferencia a los tonos tierra, los verdes, los azules y los blancos que se encontrarían en una cascada del bosque; y siempre llevaba al cuello la pequeña piedra de jade que era su legado de nacimiento.

Se oyó un relincho y Hakaru llegó junto a él.

—¿Qué diría tu padre? —se burló; llevaba una brizna de hierba entre los dientes. Su caballo se puso a piafar—. Era el mejor arquero de los sesenta países; se avergonzaría de ti. ¡Ja!

—¡Cállate, Hakaru!

—¿No eras un Gensei? —Hakaru se dobló de risa—. ¿Quieres que te enseñe, hermano?

«Es lo último que quiero», pensó Sen con amargura, sonrojado. Agarró las riendas. ¿Por qué era incapaz de acertar en la diana? A los hijos de los linajes guerreros se les enseñaba que su valía residía en su destreza con el arco y, aunque fuera un Kitanohara por adopción, Sen no quería reconocer lo mucho que le escocía aquello. Partió al galope, frustrado.

«Déjalo correr», se dijo. Había llegado el verano; el día era tranquilo. Su madre tutelar, lady Kitanohara-no-Iyo Ogami'in, se había casado con Taga Azamaro, señor de Kurogane, para unir los pueblos del este. Habían salido a celebrarlo con una cacería. Desde allí se divisaban todas las tierras de más allá de las montañas, el hogar ancestral de las familias Taga y Kitanohara, y toda su nación insular, que se extendía hacia el sur y hacia el oeste, hasta la lejana capital. Se decía que con buen oído se podían captar los susurros de los dioses.

Habían pasado todo el verano cabalgando y entrenando en los campos, intercambiaron gritos e insultos con los otros hijos de la ciudad. Todo el verano practicaron, disfrutaron del calor en el pelo, la brisa en la piel y el olor grato del heno en los prados de Kitano. La luz del sol acariciaba la hierba. Una depresión del terreno, hacia el oeste, llegaba hasta los bosques Azules, que se alzaban silenciosos como dioses que custodiaran las montañas que se alzaban más allá. Oculto en el mar de árboles estaba el antiguo monasterio de Kannagara, el Sendero de los Dioses, donde los monjes vivían y practicaban sus artes ascéticas.

Ya había llovido. Las nubes se habían desplegado desde la nada para escupirles a la cara gotas siseantes. Sen se rio y abrió los brazos para dar la bienvenida al aguacero. «¡Allá vamos!», gritó Nihira, el mayor, y Hakaru compitió con Sen colina abajo.

Luego, el sol volvió a salir, y con él, la tarde sin brisa. Los vientos llegarían por la noche. El joven lord Hakaru, que había predicho que Sen fallaría el tiro con arco, se echó a reír. Era tres años mayor y tenía un brillo pícaro en los ojos, además de los celos pertinaces del hijo mediano. Chocaban a menudo. Su hermano, Nihira, cabalgaba detrás de él. La gente los llamaba «el rayo y el trueno». «Porque mi hermano hace mucho ruido», solía bromear el primogénito.

—Da igual; a mí lo que me gusta es la espada —masculló Sen para conservar algo de orgullo.

—A caballo, una espada no sirve de nada —replicó Hakaru—. Pero, claro, también tendrías que aprender a montar.

—¡Una carrera hasta el camino! —lo desafió Sen.

Ante la mirada divertida de Nihira, Hakaru lanzó un grito y emprendió el galope antes de que Sen tuviera tiempo de coger las riendas. Levantaron una nube de polvo al atravesar el prado.

—¡Hakaru! ¡Maldita sea!

Espoleó a Kaminari sobre la hierba para tratar de alcanzarlo, pero no pudo, claro. Eso solo sirvió para empeorar las cosas.

—¡Todo vale con tal de ganar, Sen! —le gritó Hakaru—. ¡Es lo que te falta por aprender!

El sendero ascendía serpenteante sobre los prados para luego descender hacia las tierras bajas y los arroyos, y pronto se extendió ante ellos la ciudad de Kitano, la joya del este. Desde la cima de la colina norte se divisaba todo el valle de Aizumi; hacia el oeste, bajo una altiplanicie rocosa, las Escamas de la Serpiente; en dirección opuesta se veían largos caminos que se desviaban hacia los pueblos costeros. La fortaleza de Kitano, con sus tejados arqueados, garitas, torreones y edificios, se alzaba como un dragón dormido en la ladera; Kitaiji, el futuro templo de la Esperanza, se alzaba a medio construir en la cima. La ciudad se extendía debajo, solo superada por la capital, pero mucho más hermosa; y, a medida que el camino inferior se ramificaba desde el centro ur-

bano, de las colinas a los valles, Sen vio al oeste la aldea que rodeaba la propiedad de lady Iyo, a la entrada de los campos bajos que dividían Aizumi en dos. Al norte se alzaban las imponentes laderas del monte Kanzan.

En verano todo era grato, con flores y mariposas etéreas sobre la hierba: los espíritus de ancestros muertos que acudían a desearnos algún bien, según la gente. En invierno, los portones de bambú trenzado se mantenían firmes contra el frío, y las paredes gruesas y tejados resistentes conservaban el fuego; mientras tanto, la nieve blanca soplaba desde la montaña y pintaba los bosques de Iyo del color de las nubes.

A lo largo del río, la aldea bullía de actividad. En verano se comerciaba con la cosecha más que con pieles; los mercaderes se acercaban por las tierras bajas, junto con los granjeros y sus carros, los dedicantes, los bienhechores, los sacerdotes de Kitaiji y familias enteras. La noche se iluminaría con una tenue luz de fuego sobre el río, y con ella llegarían bailes y canciones. Sen había observado mucho tiempo a los barqueros con los remos y los botes largos y finos que subían corriente arriba desde Otsuzaka, y la cuesta que daba al embarcadero de la barcaza de paso, con su centro de comercio a lo largo de la costa. Acostumbraba a imaginar que algún día viajaría allí, navegaría por el río hasta el mar, cruzaría el país, vería el mundo.

En esos momentos, como en tantos otros, pensaba también en su familia, en los padres que le habían arrebatado, en el clan que no había llegado a conocer.

«Tanto daría que no tuviera nombre», pensó, y siguió a los caballos de sus hermanos tutelares sobre la hierba. Lo habían educado como a un Kitanojara; pero, aunque los amaba y vivía bien, no podía evitar sentirse relegado: era un Gensei, y todos los Gensei habían muerto. No heredaría tierras; nunca dejaría de ser el medio hermano, el pupilo. Siempre se hacía preguntas sobre el lugar donde había nacido y el importante título que, como Gensei, habría debido heredar. Le habían dicho que, cuando Katsusada Asa'in, su padre, se rebeló contra el soberano, selló el destino del clan. Les

arrebataron las tierras, los derechos, los títulos, la gloria; el corazón. Su padre había intentado cambiar un imperio entero y había fracasado. Y por eso murió a manos del ejército de su aliado en plena noche, mientras suplicaba que salvaran a su hija, Kai, la heredera que algún día habría sido la cabeza de familia: la hermana mayor a la que Sen no había llegado a conocer.

«¿Sabrá siquiera que existo?», pensó sin dejar de cabalgar por el camino. No sabía por qué se había salvado aquella noche, cuando tantos murieron. Según le dijeron, su tío lo había protegido. Escondió al pequeño, de apenas tres años, indefenso ante su destino. Su tutor, el viejo Yozora Hogen, no le había querido contar más. No sabía si era el único que había escapado o si otros también lo lograron. Y deseaba saber más.

El cielo era luminoso y las nubes se movían en silencio por él. El aire caldeado por el sol del verano bailaba con el aroma de las flores y la paja seca, mezclado con el olor terroso de los tubérculos. Pronto, la luz adquirió un matiz diferente, y siguieron cabalgando adentrado ya el atardecer. Hacia el oeste, las tormentas acechaban amenazantes. El sol descendió hacia el ribete de las montañas.

Sen dejó vagar la mente: pasó de divagar sobre su hogar, fuera eso lo que fuese, a pensar en las nubes, en la tierra, en sus hermanos, otra vez en el arco. Permitted que Kaminari eligiera el camino. El caballo conocía mejor que él aquellas colinas, los prados del valle; lo llevaría de vuelta a Kitano. Su ciudad, su hogar. Pero Sen notaba que la mente se le iba hacia el pasado, que volvía a pensar en su familia, en ambas familias, la que le había dado la vida y la que lo había acogido. Era como tener dos corazones, y no dejaba de preguntarse qué le depararía el futuro.

De pronto, algo cambió en el viento. Nihira se detuvo por delante de él. Habían llegado al atajo donde el sendero se bifurcaba hacia la aldea: un ramal bajaba por la ladera de la colina y el otro ascendía; de él partían caminos que serpenteaban por las quebradas. Hakaru iba por delante, pero también aminoró la marcha hasta que se detuvo y se volvió hacia su hermano.

—¿Qué pasa?

—Sen —dijo el primogénito con la voz severa, directa—. Mira esto. —Se había parado por completo y estaba mirando una huella húmeda en la tierra—. Hay sangre en el sendero.

—Y aquí, más —les dijo Hakaru—. Mirad.

—Algún animal herido. —Nihira hizo salir a la yegua del camino—. Y parece que no hace mucho...

Sin terminar la frase, volvió a ponerse en marcha y los tres se apartaron de la vereda para adentrarse entre los árboles tras el rastro de sangre fresca. Siguieron la pista hasta una garganta, donde las laderas ascendían ante ellos y el infinito mar de árboles de los bosques Azules se extendía en olas, que subían casi verticales hacia las montañas. Nihira volvió a aminorar la marcha y escudriñó el barranco con ojos afilados como el cristal. Empezó a maniobrar como si quisiera descender.

—¿Qué pasa? —preguntó Sen.

Y, entonces, lo vio. Hakaru ahogó una exclamación.

—Qué espanto...

Entre las rocas había caído un serau, la cabra-antílope sagrada de los bosques. Se le veía una flecha en el costado, que se le clavaba más cada vez que el desdichado animal trataba de moverse. Le habían disparado y lo habían abandonado para que muriera allí.

—Qué falta de corazón —dijo Nihira.

—¿Quién querría matar a un serau para luego dejar que se pudriera? —murmuró Sen—. Los dioses bendicen a estos animales...

—Un serau muerto trae mala suerte —dijo Hakaru—. Los dioses vendrán a estas tierras; no perdonarán la muerte de una de sus criaturas.

Sen miró a Nihira.

—Ayúdame.

Desmontó, se arrodilló y trató de mover al serau; le tiró de las patas traseras para arrastrarlo colina arriba. Una piedra se desprendió y él cayó de lado en la tierra junto al serau, pero sus hermanos llegaron para ayudarlo y entre los tres rodearon a la aterrada criatura, que no paraba de gruñir y gemir de dolor.